

## **Montalva, P. (2013). *Tejidos Blandos. Indumentaria y violencia política en Chile, 1973-1990*. Fondo de Cultura Económica**

---

**Marcela Paz Reyes<sup>1</sup>**

Sobre los tejidos blandos podrían desprenderse dos nociones principales desde un primer pensamiento. Una sería en torno a su sentido biológico, con tejidos que funcionan a modo de soporte para el cuerpo. Y otra es entenderlos como una tela fina que recubre el cuerpo, como la indumentaria.

En este libro, Pía Montalva se encarga de realizar un acabado y minucioso análisis del período de la dictadura militar; reconstruyendo y, a la vez, realizando un impactante ejercicio de memoria que vela por no dejar en el olvido este ámbito de la historia chilena. Donde el vínculo cuerpo-indumentaria trasciende, pasando a ser un actor más que re-definió sus dinámicas y adquirió nuevos significados en orden de sobrevivir. Esa es la hendidura por la que Tejidos Blandos hila su entrada: situando al lector desde lo que está sobre y en el cuerpo. Es un Yo y una alteridad, pero también un grito por nosotros y por quienes no están: es el compartimiento de una historia común.

Pía Montalva, quien es doctora en Estudios Latinoamericanos, magíster en Historia y diseñadora, además de exponer en esta investigación un ejercicio de inspección histórica con un extenso apoyo teórico con respecto al vínculo cuerpo-indumentaria, cuenta también con el objetivo de reflexionar sobre la violencia política ejercida en la época. Contando, a lo largo de casi todo el libro, con testimonios de personas que relatan sus vivencias en los sitios de tortura. De este modo, la información se estructura desde lo que se puede ver de manera superficial, con la indumentaria, hasta lo que está interiorizado, como los momentos que han marcado la trayectoria del cuerpo.

En primer lugar, el texto trata sobre las significaciones que adquieren los tejidos blandos dentro de la memoria colectiva y el relato autobiográfico; en efecto, sobre el sentido que implica el uso de ciertas prendas, telas y máscaras, así como también, el empleo de dinámicas y cuidados con un fin específico regido por el contexto sociohistórico. Partiendo por la idea de cubrir el cuerpo, ya sea, para protegerse, vendar algún punto de la cara o para taparse con una frazada entre varios y afrontar el frío de la noche, se abre paso a una serie de dinámicas en torno al vínculo cuerpo-indumentaria, las cuales son fomentadas gracias a un ambiente conquistado por la violencia política.

---

<sup>1</sup> Estudiante de Sociología de la Universidad de Chile. marcela.reyes.g@ug.uchile.cl. <https://orcid.org/0009-0004-8402-5578>

En ese sentido, un segundo momento del libro trata sobre las heridas internas, sobre el recuerdo y la trayectoria emprendida por un cuerpo que ha sido violentado. Pasando por las medidas de amparo que empleaban las personas sabiendo cuál sería su próximo sitio de paso. Entre ellos: los cuidados, el compañerismo hacia el otro, los roles de género que internamente eran designados, y con ello, estrategias segmentadas para hacer frente a la violencia o prácticas de resistencia como esconder mensajes en soporopos. Develando maneras de organizarse que desatan el recuerdo de las profundas heridas que son guardadas en el cuerpo. Es la diferencia entre el antes y el después de una re-construcción de cotidianidad dictaminada por lo impuesto. De esta forma, al finalizar el texto, no sólo estamos ante un interesante análisis del vínculo cuerpo-indumentaria y la violencia política en el país, sino que es la mirada desde el cuerpo-vestido y el cuerpo-desnudo. La ambivalencia de los tejidos blandos que cubren y sostienen en tiempos de crisis.

En síntesis, considero que el principal propósito de este libro es deslumbrar la historia de un país tremendamente herido y violentado, evidenciando todas esas aflicciones a través de pilares cruciales en nuestra cotidianidad, como el cuerpo siendo nuestro móvil imprescindible y con la indumentaria como lo que nos distingue del otro. Este es un esfuerzo por escribir sobre ese relato que duele, sobre ese recuerdo de cómo fue la vida, de cómo fue el camuflar una identidad; en fin, de cómo fueron las prácticas de violencia que alguna vez formaron parte del diario vivir.

Finalmente, como menciona Jorge Montealegre en uno de los fragmentos incluidos en el libro, coincido desde lo más personal: “la escritura demora, cuesta regresar, pero por sobretodo, duele recordar”. La memoria duele. Y es que no se vale recordar únicamente en septiembre como dicen los carteles pegados por la Alameda. El recordar es un ejercicio eterno que, como país, tenemos la obligación de realizar, de nunca olvidar. Ni sus nombres, ni quienes eran, ni de donde venían, ni cómo venían vestidos, ni lo que les hicieron; y, por sobre todo, ni cómo les desaparecieron. Porque es menester recordar, como dijo Elvira Hernández: que no cayeron al mar, sino que cayeron por sobre nosotros.